

EL SOCIALISTA

ORGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; Otros países, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiere efectuado.

APARECERÁ LOS VIERNES

REDACCION Y ADMINISTRACION, HERNAN CORTES, 8, PRAL.

Horas de oficina: de ocho á diez de la noche.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los corresponsales del periódico ó dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de Redacción, á nombre de Pablo Iglesias; la de Administración, al de Manuel Añiza.

SUSCRIPCIÓN

Á FAVOR DE LAS VÍCTIMAS

DE LOS EXPLOTADORES DE RIPOLL Y CAMPDEVANOL

	Pesetas.
Suma anterior (1).....	370,71
MADRID	
P. I., 0,25.—A. Añiza, 0,25.—F. Diego, 0,25.....	0,75
BARCELONA	
E. Manegal, 0,25.—Bofarull, 0,25.—Almazán, 0,25.—Carbó, 0,25.—I. Amorós, 0,25.—A. G. Q., 0,25.—Reoyo, 0,25.—Tort, 0,25.—B. Carcasona, 0,25.—Rodríguez, 0,25.—Francisco Mercedes, 0,40.—Pal-mira, 0,20.—Tarragó, 0,20.—Almela, 0,20.—Unó, 0,20.—Perona, 0,15.—Llesuy, 0,15.—Comaposada, 0,15.—Ribera, 0,10.—D. de Diego, 0,10.—Arturo Calvet, 0,10.....	4,45
TOTAL.....	375,91

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE

PARA AYUDAR

Á LOS GASTOS DE EL SOCIALISTA

	Pesetas.
Suma anterior.....	176,51
MADRID	
P. I., 0,25.—Una socialista, 0,50.—M. G., 0,25.—José Martínez Gil, 0,25.—A. Añiza, 0,25.—Francisco Diego, 0,25.....	1,75
TARRAGONA	
Camilo Huguet.....	0,25
SAN MARTÍN DE PROVENSALES	
Miguel Sauvage.....	1,00
BILBAO	
J. S., 0,25.—Uno que desea P. y D., 0,25.—Segundo Zavala, 0,25.—Ruperto Crespo, 0,25.—Un socialista católico, 1.—Un socialista ateo, 0,25.—Perezagua, 0,25.....	2,50
TOTAL.....	176,01

(1) Esta cantidad apareció equivocada en el número anterior en 20 céntimos de más.

21 DE MAYO

¡Fecha luctuosa é inolvidable para los proletarios de todo el mundo y para cuantos pelean y trabajan por la paz social y la fraternidad humana!

En aquel día, hace ahora 18 años, las tropas versallesas, ayudadas por la traición y la astucia, entraron en París, dieron el golpe de muerte al movimiento revolucionario más grande que registra la Historia y, aguijoneadas por la rabia y el odio salvaje de la clase explotadora á quien servían, empezaron la horrible matanza, la tremenda carnicería que duró toda una semana y que hizo de la capital de Francia un vasto matadero humano.

Nada se respetó.

La venganza y la ferocidad de los privilegiados no se contentaron con arrancar la vida á los fuertes; los débiles tuvieron el mismo fin: niños, mujeres y ancianos fueron asesinados sin reparo ni consideración alguna. A los alaridos de la burguesía francesa pidiendo sangre, mucha sangre proletaria, respondieron sus mastines, los Mac-Mahón, Cissey, Galiffet, Ladmirault y Clinchant, derramándola á torrentes. Millares de cadáveres cubrieron las calles de París.

Con tan descomunal sangre y con el bárbaro tratamiento dado á los que se libraron de la muerte en los primeros instantes y á los que poco ó mucho simpatizaban con la gloriosa insurrección de los trabajadores parisienses, proponíanse los insensatos y sanguinarios burgueses aterrorizar al pueblo obrero, quedar libres en mucho tiempo de toda sacudida revolucionaria é impedir el desarrollo del socialismo científico, que empezaba entonces á tomar vuelo.

Pero nada de esto han conseguido tan implacables y crueles verdugos: la clase obrera concentra y organiza sus fuerzas sin temor alguno á los elemen-

tos de represión de que dispone la burguesía; la acción revolucionaria de los desheredados tiene en constante sobresalto á los poseedores del capital, y el socialismo científico, las ideas que han de poner fin á la injusticia, á la barbarie y á la miseria que hoy imperan, llegan á todas partes, invaden todos los pueblos y constituyen la bandera de muchos millones de proletarios.

La Semana Sangrienta; los actos de crueldad y salvajismo que después de ella se cometieron con miles y miles de trabajadores; los terribles sufrimientos que se impusieron á las mujeres y los niños; el extraordinario número de proletarios arrojados á las cárceles, los pontones y la deportación; las injurias, las burlas y los insultos vomitados por la prensa burguesa sobre la insurrección vencida y sus heroicos defensores, no han servido más que para patentar los bajos sentimientos, la perversidad y el canibalismo que dominan á la clase capitalista, á los bandidos del trabajo cuando mueve su ánimo el espíritu de venganza.

Decimos mal: tanta furia, tanto crimen y tanta maldad han servido también para aleccionar á los explotados y hacerles comprender que cuando su unión sea poderosa y los acontecimientos les obliguen á lanzarse al terreno de la fuerza, lo primero que deben hacer es adoptar medidas francamente revolucionarias, apoderarse de los principales capitalistas y de sus más inteligentes servidores y ser con ellos todo lo severos que las circunstancias exijan.

Trabajadores, víctimas de la sociedad burguesa, acordaos bien de la fecha lúgubre del 21 de mayo de 1871; tened muy presente que en ella dió comienzo la Francia explotadora á su feroz cruzada contra los trabajadores parisienses, contra vuestros hermanos, y cuando os alzéis dispuestos á acabar con el imperio capitalista, vengad, vengad sin miramiento alguno á los que fueron entonces vilmente asesinados y á los que sufrieron horribles martirios.

LA SEMANA BURGUESA

¡Gran tremolina en la zahurda parlamentaria!

Y no porque falte harina en la casa de los famélicos alborotadores, sino porque éstos son tantos y tan insaciables, que no hay modo de satisfacer la voracidad de sus andorgas.

El que más y el que menos disfruta su correspondiente cesantía ó se chupa alguna de esas sabrosas brevas con que en forma de plazas de consejeros compran las grandes compañías la impunidad de sus latrocinios.

Entonces, ¿por qué tanto gruñido en la inquieta piara de ministros de reemplazo?

Pues simplemente porque no se conforman con su situación pasiva, y porque nos hallamos en una época en que la mesa presupuestivora sólo ofrece los platos ordinarios, que cada cual quiere para sí y para sus compadres.

¿Queréis ver renacer la armonía entre los conjurados y sus antagonistas?

Pues arrojad á esa turba cualquier suculeto extraordinario, llámese Noroeste, Tabacalera ó Transatlántica, y veréis fraternizar conservadores y fusionistas.

Si hoy tuvieran entre sus garras alguna de estas presas, no se entretendrían en clavarse las uñas mutuamente.

La subida arancelaria era sólo el pretexto de la reciente pelea de los caciques políticos, y como en las riñas de comadres salen á relucir las verdades, conviene señalar algunas de éstas, deslizadas quizá contra la voluntad de los que las pronunciaron.

El ministro de Hacienda, al combatir el recargo del arancel sobre los cereales, dijo que Gamazo y sus aliados pretendían favorecer los intereses de usureiros y acaparadores á costa de las clases menesterosas.

Verdad tamaño como un templo, que no trató de rechazar el cacique castellano; pero sí se revolvió airado contra el sentimiento hipócrita con que iba revestida, diciendo con gran elocuencia:

¡Hablar de que la subida arancelaria ha de perjudicar á las clases proletarias, cuando ninguno de nosotros se ha preocupado nunca por esas clases; cuando se ha impuesto sobre los cereales, sobre el vino y sobre la carne, poniéndolos á un precio que los hace imposibles para ellas!

¿Qué tal?

Que ningún partido político se ha preocupado nunca de la clase proletaria.

¡Esto es hablar con el corazón!

Es decir, que proteccionistas, librecambistas y oportunistas, ó sea todos los matices económicos de la burguesía, maldito si tienen nunca en cuenta los sufrimientos y el hambre de la clase productora...

Luego es natural que ésta enarbole la bandera de guerra de clase y se disponga á limpiar de alimañas el campo de la producción.

Como es de rigor en toda discusión entre burgueses, los disparates han abundado más que los razonamientos en el llamado debate económico.

El más morrocotudo de la temporada ha corrido á cargo del aprovechado negociador de la indemnización Mora, del jesuita Moret, que al hablar del problema de la emigración dijo muy formalmente que «la generalidad de los emigrantes se van, no en busca de trabajo, sino de fortuna; no buscando bienestar, sino riquezas».

Y esto lo dijo sin oír el más leve silbido, sin una sola protesta en una Cámara donde siquiera habrá algunos hombres que tengan sentido común, y que leerán las tristes estadísticas de la emigración europea.

¡Y quien tal dice pasa por estadista, algo más, por el político que presta más atención al estudio de las cuestiones sociales!

Pues una de dos: ó semejante afirmación es el insulto más cobarde y asqueroso lanzado á las frentes de los infinitos desgraciados que huyen á otras tierras empujados por el hambre, ó es producto de una inteligencia mezquina, incapaz de apreciar en su sentido verdadero los fenómenos económicos más claros y evidentes.

Si no inspirara risa y desprecio, habría que compadecer á este doctor Pangloss de la economía política burguesa.

¿Hace falta rebuscar datos para acreditar de embustero procaz á quien tales móviles atribuye á los emigrantes?

No. Basta sólo leer la prensa y los diarios telegramas que publica relativos al asunto.

Véase, por ejemplo, *El Imparcial* del día 21; pónganse las palabras de Moret al lado del vergonzoso relato de las condiciones de embarque de los emigrantes, y dígame si es posible contener la indignación ante tamaño contraste.

Hacinamiento insalubre; alimento detestable; trato bestial; y como remate á tanta infamia, declaración de impotencia de las autoridades gubernativas y sanitarias para imponerles correctivo... como si no fuera más franco y más decente decir que no les importa un bledo.

Un dato elocuente que recomendamos á Moret.

En ese buque van 400 niños menores de diez años. ¡Cuatrocientas criaturas meciendo sus ilusiones de riquezas en las mazmorras de un buque blanquerol!

En cambio, siempre es un consuelo saber que las grandes empresas latro-financieras marchan viento en popa.

El Banco Hipotecario acaba de repartir seis millones de reales á sus accionistas, y vamos vi-viendo, aunque los agricultores mueran.

Conviene advertir que entre los administradores de este Banco figuran demócratas como Comas y conservadores como Cánovas, que mientras por un



lado demandan protección á la agricultura, por otro se la meriendan.

A propósito de protectores de la agricultura.

La Sociedad Económica de Amigos (!!) del País de Lérida acaba de tomar un acuerdo que merece ser adoptado por toda la canalla que se pasa la vida ingeniándose para mejor estrujar y embrutecer á los trabajadores.

Consiste dicho acuerdo en procurar por todos los medios echar de la ciudad á los labradores, proporcionándoles casa en la huerta, para que así cultiven con más asiduidad los campos de los benéficos propietarios.

De esta manera — dicen tales hipócritas — les quitamos ocasión de que *malgasten*, y sus hijos adquirirán verdaderos hábitos de trabajo.

Claro es que los tales *Amigos* no han tratado del medio de proporcionarles instrucción, de hacerlos seres racionales. ¿Para qué? ¿Pues no saben que la ignorancia del trabajador es la mejor garantía de la tranquilidad de los bribones que lo explotan?

EL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN BURGUESA

La burguesía francesa celebra este año con gran pompa el centenario de su advenimiento al poder. El 5 de mayo cumplió un siglo que la monarquía absoluta, después de haberse desligado de las trabas políticas que le impusiera en otro tiempo la nobleza, á quien había reducido á la condición de una turba brillante de lacayos, advirtió que los privilegios arrancados á la clase nobiliaria, si bien daban á la corona la omnipotencia política, no aumentaban en un óbolo sus recursos pecuniarios, y que á medida que los nobles, exentos de todo tributo, inclinaban su frente ante la majestad del trono, se vaciaban las arcas del Tesoro real. Y para remediar un estado de cosas imposible de prolongarse, pues la miseria, que era espantosa aquel año, amenazaba invadir las gradas mismas del trono, decidióse Luis XVI, aconsejado por su ministro el banquero Necker, á reunir los Estados generales, ó sea los representantes de las tres clases en que se dividía la sociedad: clero, nobleza y burguesía, ó tercer estado; con la esperanza de que las dos primeras, vista la situación apuradísima en que se hallaba la Corona, se resignarían á renunciar á ciertas insostenibles exacciones con que abrumaban á la primera, y que ésta, un tanto aliviada de pechos señoriales, podría contribuir más eficazmente á las cargas del Estado. La cuestión, como se ve, era puramente económica, y la burguesía, que lo sabía perfectamente y que conocía á fondo la situación, acudía á la reunión de los Estados generales dispuesta á recabar un acrecentamiento de poder en cambio de los subsidios que de ella se esperaban.

Si se nos preguntara lo que opinamos sobre la necesidad de esta Revolución, que empezó por una vulgar subasta de prerrogativas y terminó dando el triunfo al mejor postor, es decir, á la clase que había reunido entre sus manos, tiempo hacía, los principales recursos de la nación, el comercio, la banca, etcétera, contestaríamos que desde el punto de vista de la evolución sociológica, el movimiento nos parece indudablemente necesario como fase transitoria, y la situación creada de sus resultados justificada por la ley histórica que exige que de dos clases en lucha, una de ellas desaparezca para dejar libre el campo al combate supremo por la desaparición completa de las clases. Y lo que constituye la grandeza de la Revolución iniciada en 1789 es precisamente la rapidez de la acción, la energía del esfuerzo que dió en tierra para siempre, en poco más de tres años, con una clase poderosísima que venía disfrutando de la propiedad territorial y de todos sus privilegios hacía muchos siglos.

Pero si se desea saber nuestra predilección entre el régimen derrotado en 1789 y el que fundaron los revolucionarios de la Convención y su continuador el primer Bonaparte, no vacilamos en declarar que, como obreros y aun como demócratas, preferiríamos mil veces vivir, si posible fuera, en una sociedad en que la propiedad no había sido declarada todavía de derecho divino, inviolable, y en que los que la detentaban hacían un uso de ella mucho más elevado, más generoso que los insaciables usureros que hoy la poseen; en que el trabajo, que no era todavía libre, ó en otros términos, que no se había abierto aún á la «libre explotación de la burguesía», se hallaba al abrigo de las oscilaciones creadas por la especulación y garantizado, hasta cierto punto, contra la rapacidad de los patronos, y, por último, en que las relaciones sociales, merced á la buena educación, á los nobles sentimientos de la clase poseyente, no revestía ese carácter de despojo, de egoísmo feroz,

de crueldad inhumana que impera en nuestra sociedad de groseros advenedizos que ha tomado por divisa: ¡Cada cual para sí, y desgraciado del que no posee!

Que la burguesía universal celebre el aniversario de la Revolución francesa como el glorioso advenimiento de la clase, hoy en el apogeo del poder, de la riqueza, como los antiguos romanos de la decadencia cantaban las glorias de sus césares, en vísperas del derrumbamiento del Imperio, está bien. Pero contra lo que protestamos enérgicamente es contra la pretensión de asociar el proletariado moderno, que conoce su historia y tiene conciencia de su misión, á una revolución que no es la suya, que fué hecha contra él, no menos que contra la nobleza, y que ha servido para organizar la más desenfrenada explotación que han presenciado los siglos.

Hecha al grito de «¡abajo los privilegios!», la Revolución comenzada el 5 de mayo de 1789 no fué en realidad otra cosa que un reñido combate por la conquista de los privilegios — combate á que asistió la monarquía, en un principio, desinteresadamente, como juez del campo — un pugilato entre dos clases que se disputaban la posesión de la tierra, á la cual se hallaban adheridos más de dos millones de siervos, quienes al mudar de señores, no mudaron, en el fondo, de condición; antes al contrario, los nuevos privilegiados, so pretexto de libertad, agravaron la situación económica del labrador, que, desde entonces, tuvo que trabajar eternamente, como verdadero esclavo, para rescatar la propiedad hipotecada — no rescatada todavía — ó para vivir muriendo como jornalero libre é independiente.

Para vencer, en su contienda con la aristocracia, la burguesía francesa esgrimió dos armas poderosas: á las almas generosas y entusiastas, á los idealistas de todas las clases habló de derechos sacrosantos, de libertad, igualdad y fraternidad, y, en último término, de república; á los proletarios, exasperados por la más atroz miseria, que, cual lobos hambrientos, salían á la calle y recorrían los campos pidiendo el pan que detentaban en sus graneros los mismos acaparadores burgueses, ofrecían una parte de los despojos de la nobleza y clero. Y una vez vencedora, ¿qué quedó de tan solemnes promesas? Una mentida libertad, una falsa igualdad y unos derechos ilusorios escritos en un código con el sable de un general afortunado y la república puesta á los pies del dictador por los mismos hombres que la habían prostituido.

Y el pueblo, y los trabajadores que, con sus robustos brazos, habían destruido el edificio feudal y defendido el suelo de sus nuevos tiranos contra toda Europa coligada, ¿qué fué de ellos? ¡Ah! Los trabajadores tuvieron una bella recompensa: la gloria militar, el humo de los combates mezclados con las balas enemigas, y los pocos que volvieron fueron á morir de tristeza y miseria en un rincón de su país natal ó en los vastos hospitales que la burguesía había abierto para recibir al pueblo libre y emancipado.

¿Y hay quien se atreva todavía á sostener esa farsa de los historiadores burgueses, que nos presentan la Revolución de fines del siglo pasado como una obra de emancipación y felicidad para todas las clases! ¡Hipócritas! No sólo os apoderásteis violentamente, á mano armada de la fortuna de la nación, mientras que los únicos que á ella tenían derecho peleaban en los campos de batalla, sino que faltásteis á todos vuestros compromisos, á vuestros más solemnes juramentos. Fuisteis ladrones y perjuros, y vuestra fortuna actual tiene por origen la traición y el despojo.

¿Y quiere saberse lo que es esa admirable Exposición, organizada para celebrar el centenario de la Revolución burguesa? Pues es el resultado, la condensación del sistema de explotación capitalista por espacio de tres cuartos de siglo. Todas esas maravillas que causan la admiración de propios y extraños; la torre de 300 metros de altura, el palacio de máquinas de 420 metros de largo por 145 de ancho, con sus arcos portentosos y su elegante ornamentación, con su atrevida cúpula; todos esos edificios, á semejanza de las pirámides de Egipto y de los antiguos monumentos de la India, están amasados con sangre y lágrimas de muchas generaciones de esclavos. Los inmensos capitales que han servido para improvisar todos esos palacios, dignos de «durar un siglo», como diría el poeta, los esclavos modernos, los proletarios los han producido, y proletarios son los que han forjado esas portentosas bóvedas de hierro, los que han labrado y pintado esos preciosos frontispicios.

Así, al cabo de un siglo de dominación, la burguesía francesa ha logrado cristalizar, por decirlo así, toda la fuerza, toda la inteligencia de sus esclavos en una obra magna, para poder decir al mundo entero, mostrándole la excelencia del producto y la profunda abyección y miseria de los productores:

«Hé ahí de lo que son capaces, y hé aquí cómo yo los trato.»

Después de todo, hace bien la clase gobernante en celebrar con inusitada pompa esta fiesta internacional, que marca el apogeo de su grandeza y poderío; es muy probable que sea la última. Muchos lo presienten y algunos no tienen reparo en decirlo. Uno de los hombres más notables de la burguesía francesa, el filósofo Ernesto Renán, escribía al día siguiente de la apertura de la Exposición universal, en un raptó de melancolía:

«... Me causa el efecto (la Exposición) de una de aquellas fiestas del tiempo de Adriano, brillantes, un poco abigarradas, eclécticas con exceso, pero que nos encantan como las últimas sonrisas de un mundo agonizante. Aun suponiendo que la Exposición de 1889 debiera ser la última ocasión que tengan los hombres de reunirse para entregarse al placer y á las diversiones infantiles, esta idea melancólica no sería motivo suficiente para que nos pareciese menos poética y menos sugestiva.»

Podiera ser que, sin quererlo, el biógrafo de Jesús poseyese en esta ocasión el don de profecía. Sí, tiene razón: el mundo á que pertenece está en la agonia, y confiamos en que el siglo que ha presenciado su insolente y nefasta dominación no terminará sin haber asistido á su exterminio completo. Cerca, muy cerca del Capitolio está la roca Tarpeya, y el centenario de la Revolución burguesa no dista quizás mucho de la gran Revolución proletaria.

LA «HUELGA MONSTRUO»

Por más que las noticias de estos últimos días anuncian que la huelga toca á su término, lo cierto es que hasta ahora los mineros de Westfalia, en número de más de 100.000, no han vuelto al trabajo. Es seguro que si vuelven á él será porque la Compañía explotadora acepte la integridad de las reclamaciones por ellos formuladas. En esto conviene la misma prensa burguesa, y un despacho del día 18 manifiesta que «habiéndose aceptado las Administraciones mineras las condiciones de los huelgistas, es casi seguro que en breve continuarán los trabajos».

La gravedad é importancia de esta huelga no resulta tan sólo de la paralización que puede producir en muchas industrias donde el carbón es de suma necesidad (el que extraían diariamente los huelgistas pasaba de 100.000 toneladas), sino en los pasos que el Gobierno alemán y el mismo emperador están dando cerca de los propietarios de las minas para que éstos accedan á las pretensiones de los huelgistas.

¿Qué temores no habrán asaltado á Bismarck y al nieto de Guillermo para llegar á ese extremo? ¿De cuándo acá políticos tan soberbios como el *canciller de hierro* y autócratas como el emperador de Alemania han tratado con asalariados, y no solamente tratado, sino púestose de su parte? Indudablemente, tanto el uno como el otro han comprendido que la huelga de Westfalia podía ser base de un gigantesco movimiento obrero que haría peligrar juntamente el Imperio y la existencia de la burguesía alemana, y han querido evitarlo á todo trance.

Pero al hacer eso han dado á entender bien claramente su temor á la fuerza obrera, lo que ésta ha pasado en su ánimo y cómo es en realidad á ella á la que los huelgistas deberán su próximo triunfo.

Tendremos, pues, que registrar muy pronto la victoria de los obreros de Westfalia; pero á esta seguirán después la de los de Silesia y Sajonia y la de muchos trabajadores de otros oficios que, por las mismas causas que aquéllos, demandan aumento de salario y reducción de horas de trabajo.

De no suceder tal cosa, el peligro que han tratado de conjurar Bismarck y el emperador de Alemania con su ingerencia á favor de los huelgistas de Westfalia, quedaría en pie.

Va á darse, pues, el caso tantas veces mantenido por los socialistas del Partido Obrero, de que la burguesía alemana, ante el temor de que la tormenta revolucionaria descargue sobre su cabeza y ponga en grave peligro sus intereses, afloje un poco el holallo y permita á los obreros que explota satisfacer algo mejor sus necesidades.

Este hecho, por todos conceptos importantísimo, debe servir de estímulo á la clase trabajadora para buscar su poder y su fuerza donde están, en la unión de todos sus individuos y en una organización bien cimentada.

LA COMMUNE DE PARÍS

DE 1871

(Conclusión)

XXX

Veintiséis Consejos de guerra, veintiséis ametralladoras judiciales fueron instaladas en París, en Vincennes, en el Mont-Valérien, en Saint-Cloud, Sèvres, Saint-Germain y Rambouillet, y hasta en Chartres. En la composición de estos Tribunales, no sólo las apariencias de justicia, sino hasta los reglamentos militares fueron

menospreciados. Y aquellos oficiales, ebrios aún del ardor de la lucha y para quienes la más leve resistencia, hasta la más legítima, era un crimen, fueron arrojados sobre sus adversarios sin más jurisprudencia que su capricho, sin otro freno que su conocida humanidad. Las teorías más extravagantes y absurdas no tardaron en circular por aquellos antros judiciales; por ejemplo, que la presencia en el lugar del crimen constituía la complicidad legal; lo que para aquellos magistrados era un dogma.

En vez de transportar los Consejos de guerra a los puertos, se obligó a los prisioneros a recorrer las dolorosas etapas de la costa a Versalles. Algunos, como Eliseo Reclus, pasaron por 14 prisiones. Desde los pontones se los conducía al ferrocarril a pie, con esposas en las manos; pero en Brest, cuando pasaban por las calles mostrando sus cadenas, los transeúntes se descubrían a su paso.

A excepción de algunos acusados de nota, de cuyos procesos voy a tratar brevemente, la masa de los prisioneros fué llevada ante aquellos Tribunales, después de una sumaria que no garantizaba ni siquiera su identidad. La acusación, el interrogatorio y la sentencia se despachaban en unos cuantos minutos. «Usted se ha batido en Isay y en Neuilly. Condenado a la deportación. —¿Cómo! ¿por toda la vida? ¿Y mi mujer? ¿Y mis hijos?» A otro: «¿Usted ha servido en los batallones de la *Commune*? —¿Y quién habría dado de comer a mi familia cuando todo estaba cerrado, el taller y la fábrica? —A la deportación.» «¿Y usted? Detención ilegal. A presidio.»

Si fuera posible conocer el martirologio de tantos millares de hombres, mujeres, niños, ancianos, guardias nacionales, médicos, empleados de la gran ciudad diezmada, que desfilaron en hileras sombrías, a ellos daríamos el puesto de honor en estas páginas, como ocuparon el primer puesto en las barricadas, donde cumplieron oscuramente con su deber. El verdadero drama de los Consejos de guerra no se halla en aquellas sesiones solemnes en que acusados, abogados y Tribunal observaban cierto decoro ante el público, sino en aquellas salas desiertas que solas vieron al infortunado, ignorado del mundo entero, enfrente de un Tribunal inexorable como el chasquet. ¡Cuántos humildes defensores de la *Commune* se mostraron allí más dignos y enteros que sus jefes, y de cuyo heroísmo nadie se ocupó! ¿Quién vengará aquellas hecatombes de desconocidos, ejecutados en secreto, como los últimos combatientes del cementerio del Père-Lachaise, en la oscuridad de la noche?

Los periódicos no han dejado huellas de sus causas; pero a falta del nombre de las víctimas, vamos a dar el de algunos jefes a los cuatro vientos de la Historia.

En otro tiempo, en la época gloriosa del ejército francés, en 1795, después de Quiberón, fué necesario amenazar con la muerte a los oficiales de la República para obligarlos a entrar en los Consejos de guerra que debían juzgar a los vendedores. En 1871, los cómplices de Bazaine se disputaron el honor de juzgar aquel París que había sido el baluarte de la defensa nacional. Durante muchos meses, 1.509 oficiales de este ejército envilecido, 14 generales, 266 coroneles y tenientes coroneles y 284 comandantes desempeñaron el oficio de jueces y fiscales. No es posible escoger los que más se distinguieron en esta cuadrilla de canibales igualmente infames y estúpidos. Mencionaremos al acaso varios presidentes, como Merlin, Boisdemetz, Jobey, Delaporte, Dulac, Berthel, Donnat y Aubert, y los fiscales Grimal, Gaveau, Bourboulón, Barthélemy y Charrière, que se alababan públicamente de no absolver a ningún acusado.

El 8 de septiembre, Rossel compareció ante el tercer Consejo. Su defensa consistió en decir que había servido a la *Commune* con la esperanza de que la insurrección provocaría una nueva guerra con los prusianos. El presidente Merlin guardó al acusado todo género de consideraciones, y éste, en cambio, manifestó el respeto más profundo al ejército; pero se necesitaba un castigo ejemplar para los soldados aventureros, y Rossel fué condenado a muerte.

El 21, Rochefort fué condenado a la deportación en un recinto fortificado. Los bonapartistas del Consejo juzgaron sobre todo al autor de *La Lanterne*. Merlin salió a la defensa de Pedro Bonaparte, y el fiscal Gaveau hizo cargos al acusado de sus ofensas a la persona del emperador. Trochu, a quien Rochefort había citado como testigo de descargo, respondió con una carta de injurias al que, durante el sitio, le había sacrificado su popularidad.

El periodismo revolucionario tuvo el honor de contar algunas víctimas: el joven Maroteau, por dos artículos publicados en el *Salut Public*, fué condenado a muerte; Alfonso Humbert, por tres ó cuatro artículos del *Père Duchêne*, a cadena perpetua.

El 18 de noviembre, Verdagnier, Simón Mayer, Herpin-Lacroix, Lagrange, Masselot, Leblond y Aldenhoff fueron condenados a muerte bajo la acusación de haber tomado parte en el fusilamiento de los generales Lecomte y Clemente Thomas. Esta condena, verdadero sacrificio a los manes de aquellos dos verdugos del pueblo, fué una de las injusticias más flagrantes y escandalosas entre tantas injusticias. No se presentó ni una prueba de la culpabilidad de los acusados. Todos los testigos estuvieron unánimes en afirmar que la explosión de cólera popular que costó la vida a los dos generales había sido espontánea, fulminante, como la que en 1789 mató a Flesselles, Foulon y Berthier. Los actores de aquel drama fueron la muchedumbre, y con ella se habían desvanecido. Uno de los condenados, Leblond, sólo tenía quince años y medio de edad.

En septiembre, a instigación de Thiers, que echaba así hábilmente sobre los diputados la responsabilidad de conmutar las penas, la Asamblea de Versalles había nombrado una Comisión de indultos, que se componía de 15 individuos, antiguos cómplices de las Comisiones mixtas de 1852, ricos propietarios, legitimistas rabiosos. Uno de ellos, el marqués de Quissonnaz, había dirigido durante la lucha de París, las ejecuciones en el Luxemburgo. El presidente, Martel, era un viejo sátiro que regateaba los indultos a las lindas solicitantes.

Las primeras causas de que se ocuparon fueron las de Ferré y Rossel. La prensa liberal defendía con calor la causa del joven oficial. En aquel aventurero, sin opiniones políticas sospechosas y que tan desvergonzadamente había vuelto la espalda a la *Commune*, la burguesía reconoció pronto uno de sus hijos extraviados, quien, por otra parte, había abjurado públicamente sus extravíos. Los periódicos publicaban sus Memorias, en que vilipendiaba la *Commune* y los federados. Contaban día por día su vida de prisionero, sus conversaciones sublimes con un pastor protestante y sus entrevistas desgarradoras con su familia.

De Ferré, ni una palabra, como no fuera para decir que era «horroroso, repugnante». Su madre había muerto loco; su hermano estaba encerrado como loco en Versalles; su padre prisionero en la ciudadela de Fougères; su hermana, joven de 19 años, silenciosa, resignada y estoica, consumía sus días y sus noches para ganar los veinte francos que enviaba todas las semanas al prisionero, habiendo rechazado la ayuda de varios amigos, por no querer compartir con nadie el honor de cumplir con su piadoso deber. No podía imaginarse, en efecto, nada más «repugnante».

Cerca de tres meses la muerte estuvo suspensa sobre los condenados. Por fin, el 25 de noviembre, a las 6 de la mañana, se les dijo que se preparasen a morir. Ferré saltó de la cama sin manifestar la más leve emoción; rehusó la visita del capellán de la cárcel y escribió a la justicia militar pidiendo la libertad de su padre, y a su hermana para que enterrase su cadáver de manera que sus amigos pudieran encontrarle un día. Rossel, bastante sorprendido en el primer momento, entró después en conferencia con su pastor, y escribió para pedir que no se vengase su muerte—precaución inútil—y para dar gracias a Jesucristo. Tenían por compañero de muerte a Bourgeois, sargento del 45.º regimiento de línea, que se había pasado a la *Commune* y que manifestó la misma serenidad que Ferré. Rossel se indignó cuando le pusieron las esposas; Ferré y Bourgeois no se dignaron protestar.

Amanecía apenas y hacía un frío intenso. En la meseta de Satory, cinco mil hombres sobre las armas formaban el cuadro alrededor de tres postes blancos, custodiados por un piquete de doce soldados cada uno. El coronel Merlin mandaba las fuerzas, reuniendo así los tres caracteres de vencedor, juez y verdugo. Varios curiosos, oficiales y periodistas, componían todo el público.

A las siete aparecieron los furgones de los condenados, quienes echaron pie a tierra escoltados por los gendarmes. Rossel, al pasar por delante de un grupo de oficiales, los saludó. El intrépido Bourgeois, que miraba todo aquel drama con aire indiferente, fué a colocarse contra el poste del medio. Ferré marchaba el último, vestido de negro, fumando un cigarro de papel. Ni un músculo se movía en su rostro. Con paso firme y regular fué a apoyarse en el tercer poste.

Rossel, acompañado de su abogado y de su confesor, pidió que se le permitiese dar la voz de fuego; lo que le fué negado. Quiso luego estrechar la mano de sus jueces como para tributar homenaje a su sentencia. Igual negativa. Durante aquellas idas y venidas, Ferré y Bourgeois permanecían inmóviles y silenciosos. Para poner término a las efusiones de Rossel, un oficial tuvo que decirle que estaba prolongando el suplicio de los otros dos. Entonces le vendaron los ojos. Ferré, por su parte, no lo consintió, y afirmando los lentes, miró bien enfrente a los soldados.

Leída la sentencia, los ayudantes inclinaron los sales, é inmediatamente sonaron tres descargas. Rossel y Bourgeois cayeron de espaldas. Ferré, que sólo había recibido una bala en el costado, permaneció en pie. Un soldado le aplicó el fusil al oído y le levantó la tapa de los sesos.

A una señal de Merlin, las músicas militares tocaron una marcha y, siguiendo el uso de los salvajes, la tropa desfiló en triunfo por delante de los muertos. ¡Qué gritos de horror habría lanzado la burguesía si delante de los rehenes ejecutados los federados se hubiesen pavoneado al son de la música!

Los cuerpos de Rossel y de Ferré fueron reclamados por sus familias respectivas; el de Bourgeois desapareció en la sepultura común del cementerio de San Luis. El pueblo no separará la memoria de aquel hombre de la de Ferré; pues ambos murieron con igual valentía por la causa que sirvieron con la misma abnegación.

La prensa liberal de París reservó sus lágrimas para Rossel. Sólo algunos valerosos periódicos de provincias honraron todas las víctimas y entregaron a la execración de Francia y del mundo entero a la Comisión de indultos, «la Comisión de asesinos», como la había llamado en plena Asamblea el diputado M. Ordinaire. Citados ante el Jurado, todos aquellos periódicos fueron absueltos.

Dos días después de la ejecución de Satory, la Comisión de indultos ordenó la muerte de Gastón Crémieux, joven republicano marsellés, que aguardaba hacía seis meses la revisión de su causa, y que fué ejecutado en Marsella el 30 de noviembre. La muerte de aquel joven

entusiasta, afrontada heroicamente, causó profunda sensación en la gran ciudad marítima.

El 4 de diciembre, en la sala del tercer Consejo se presentó una especie de fantasma, de rostro cadavérico y simpático; era Lisbonne, que arrastraba de cárcel en cárcel, hacía seis meses, sus heridas del Château d'Eau. El mismo ante el Consejo que durante la *Commune* y que en Buzenval, aquel valiente entre los valientes se glorificó de haber combatido y no negó más que las acusaciones de saqueo. Otros jueces se habrían honrado perdonando a semejante enemigo, los versalleses lo condenaron a muerte.

Pocos días después, el mismo Consejo tuvo que oír la voz de una mujer que exclamaba:

«No quiero defenderme ni que me defiendan; pertenezco enteramente a la Revolución social, y declaro en alta voz que acepto la responsabilidad de todos mis actos. La acepto en absoluto y sin restricciones. ¿Me acusáis de haber tomado parte en el asesinato de los generales? A esto respondería que si así hubiese estado en Montmartre cuando dieron la orden a los soldados de hacer fuego contra el pueblo; no habría vacilado ni un instante en mandar yo misma hacer fuego contra los que daban semejantes órdenes. En cuanto a los incendios de París, sí, yo los he atizado, queriendo oponer una barrera de fuego a los invasores de Versalles. No tengo cómplices, y he obrado libremente y de mi propia voluntad.»

Así se expresaba Luisa Michel, la sublime heroína de la *Commune*. El capitán fiscal Dailly pidió la pena de muerte, y ella replicó:

«Lo que yo reclamo de vosotros, que pretendéis ser mis jueces, que no os escondéis como la Comisión de indultos, de vosotros que sois militares y juzgáis a la faz de todos, es el campo de Satory, donde han caído ya nuestros hermanos.»

«Debéis amputarme de la sociedad; el fiscal os lo pide, pues el fiscal tiene razón. Y ya que parece que todo corazón que palpita por la justicia y por la libertad sólo tiene derecho a un poco de plomo, yo reclamo mi parte de ese plomo. Si me dejáis vivir, no cesaré de gritar ¡venganza! y denunciaré a la venganza de mis hermanos los asesinos de la Comisión de indultos.»

«El presidente.—No puedo dejaros en el uso de la palabra.»

«Luisa Michel.—He concluido... si no sois unos viles cobardes, quitadme la vida.»

No tuvieron el valor de quitársela de un golpe, y la condenaron a la deportación en un recinto fortificado.

Luisa Michel no fué la única que dió semejante prueba de valor. Muchas otras, entre las cuales hay que citar a Lemel y Agustina Chiffón, mostraron a los versalleses lo que son las mujeres de París aun después de vencidas y encadenadas.

La Comisión de indultos aguardaba con el fusil en la mano la presa que le enviaban los Consejos de guerra. El 22 de febrero de 1872 fusiló tres de los supuestos matadores de Clemente Thomas y de Lecomte, los mismos cuya inocencia había resultado de los debates: Herpin-Lacroix, Lagrange y Verdagner. En pie, contra los postes de Satory gritaron ¡viva la *Commune*! y murieron con la faz radiante. El 28 de mayo, los tres postes recibieron a Sérizier, Bouin y Boudin, acusados de haber prendido fuego a las Tullerías. Antes de morir dijeron a los soldados: «Somos hijos del pueblo y vosotros lo sois también. Vamos a enseñaros cómo saben morir los hijos del pueblo de París.» Y murieron también gritando ¡viva la *Commune*!

Aquellos hombres que se apoyaban tan valerosamente sobre la tumba, que desafiaban con el gesto los fusiles y gritaban al morir que su causa no moriría; aquellas voces vibrantes, aquellas miradas altivas, turbaban profundamente la conciencia de los soldados. Los fusiles temblaban en sus manos, y casi a quemarropa mataban rara vez del primer tiro.

Así, a la ejecución siguiente, el comandante Colin que presidía los fusilamientos, dió orden de vender los ojos de los pacientes. Estos eran dos: Baudoin, acusado de haber prendido fuego a la iglesia de Saint-Eloi y muerto a un individuo defendiendo una barricada, y Rouilhac, que había fusilado a un burgués que tiraba a los federados. Ambos rechazaron a los sargentos que se acercaban para venderles los ojos. Colin dió orden de atarlos al poste; pero tres veces Baudoin rompió las cuerdas y Rouilhac luchó como un desesperado. Al fin concluyeron por maniatarlos, pero no lograron venderles los ojos, y alta la frente, gritaron con voz tonante: «¡Morimos por la buena causa!»

La prensa burguesa, lejos de vituperar, aplaudía. Sin tregua ni descanso, desde la apertura de los Consejos, acompañaba todas las sentencias con el mismo coro de imprecación, con las mismas infames calumnias. Como algunas voces protestaron contra aquellas ejecuciones tanto tiempo después de la batalla, Francisco Sarcey—hoy respetable crítico—escribió: «La cuchilla debería estar soldada a la mano del verdugo.»

La Comisión de indultos no había sacrificado hasta entonces más que tres víctimas a un tiempo. El 27 de julio de 1872 sacrificó cuatro: François, guarda de la Roquette, Aubry, Dalivonst y Saint-Omer, condenados por la ejecución de los rehenes. Ante los fusiles, todos menos el último, gritaron: «¡Viva la *Commune*!»

El 18 de septiembre, Lolive, acusado de haber tomado parte en la ejecución del arzobispo, Denivelle y Dechamps fueron fusilados. Los tres murieron al grito de «¡Viva la República universal y social! ¡Mueran los viles y cobardes!» El 22 de enero de 1873, diecinueve meses después de las jornadas de mayo, la Comisión de indultos sacrificó tres nuevas víctimas: Philippe, miem-

bro de la *Commune*, culpable de haber defendido enérgicamente la posición de Bercy; Benot, que incendió las Tullerías, y Decamps, condeado por el incendio de la calle de Lille, aunque no habían podido presentar un solo testigo contra él. «¡Muero inocente!» exclamó. Y Philippe y Benot: «¡Viva la República social! ¡Viva la *Commune*!» Y los tres cayeron sin haber desmentido el valor de los soldados de la Revolución del 18 de marzo.

Aquella fué la última ejecución que tuvo lugar en Satory. Veinticinco víctimas habían enrojecido los postes de la Comisión de indultos.

En el mes de junio de 1872, el período principal de la obra de represión había terminado. De los 36.309 prisioneros, hombres y mujeres, sin contar los militares (éstos ascendían á unos 5.000), que los versalleses han condeado, 1.179, según ellos, habían perecido entre sus manos; 22.326 habían sido puestos en libertad, después de haber pasado los meses de invierno en los pontones, en los fuertes y en las cárceles, y 10.488 comparecieron ante los Consejos de guerra, que condenaron á 8.525 personas. Y las persecuciones no cesaron por completo. Al advenimiento de Mac-Mahón, el 24 de mayo de 1873, hubo una recrudescencia furiosa. El 1.º de enero de 1875 el resumen general de la justicia versallesa anunciaba 10.137 condenas contradictorias, 3.313 por contumacia, entre las cuales citaremos:

A la pena de muerte.	262 hombres y 8 mujeres.
A cadena perpetua.	400 id. y 29 id.
A la deportación en recinto fortificado.	3.969 id. y 20 id.
A la deportación simple.	3.490 id., 16 id. y 1 niño.
A la reclusión.	1.262 id. y 8 id.

Pero la Memoria oficial no mencionaba ni las condenas pronunciadas por el Consejo de guerra fuera de la jurisdicción de Versalles ni las de los Tribunales ordinarios. Hay que añadir, pues: 15 condenas á muerte, 22 á cadena perpetua, 28 á la deportación en recinto fortificado, 29 á la deportación simple y 87 á la reclusión. El número total de condenados en París y provincias pasaba de

TRECE MIL SETECIENTOS

entre los cuales había *ciento setenta mujeres y setenta niños*.

He aquí ahora el resumen de esta bárbara represión, que no tiene igual ni parecido en los anales de ningún pueblo ni de ninguna época de la humanidad.

VEINTICINCO MIL hombres, mujeres y niños muertos durante la batalla ó después de la lucha; TRES MIL, lo menos, muertos en los calabozos, en los pontones y en los castillos, ó de enfermedades contraídas durante su cautiverio; TRECE MIL SETECIENTOS condenados, la mayor parte, á penas perpetuas; SETENTA MIL mujeres, niños y ancianos privados de sus sostenedores naturales ó expulsados de Francia. Total de las venganzas burguesas por la Revolución del 18 de marzo:

CIENTO ONCE MIL SETECIENTAS víctimas.

Aquí terminamos la reseña rápida y un poco desordenada, pero sincera y veraz, del sacudimiento político más trascendental de este siglo, fértil en acontecimientos políticos y sociales. Todos los datos de que nos hemos servido para componer nuestra narración, los hemos sacado del *Diario oficial de la Commune*, de las actas de la Asamblea de Versalles, de las actas de la Comisión de Información parlamentaria sobre la insurrección del 18 de marzo, del libro publicado por el general Appert sobre esta *Información*, de la obra del general Vinoy sobre la *Commune* y últimamente de las relaciones, más ó menos truncadas, de los acontecimientos, que publicaron los periódicos burgueses de París, de provincias y del extranjero.

Creemos haber demostrado que el movimiento inaugurado el 18 de marzo de 1871 fué un movimiento provocado por el Gobierno reaccionario de Thiers y comparso; que los trabajadores de París, sin organización, sin preparación previa, recogieron el guante, en la confianza de que la pequeña burguesía ó clase media les ayudaría á establecer la República social, fundada en la igualdad y la Justicia; que, abandonados á sus propias fuerzas, los trabajadores cometieron la falta, ó mejor dicho, no pudieron por menos de dar participación en el poder á ciertos elementos burgueses, que fueron como la levadura de descomposición que debía paralizar la defensa y causar fatalmente la ruina de la *Commune*. Hemos demostrado, en fin, con pruebas irrefutables, que la represión ejercida por la burguesía, después del triunfo, no guardó proporción ninguna con las pérdidas que sufrieron sus soldados durante la lucha ni con los actos de la *Commune*, y que la salvaje ferocidad con que sacrificó tantos miles de víctimas, sin razón ni pretexto, sólo es posible explicarla por el ciego furor de una clase que, en medio de la orgía social en que vive hace cerca de un siglo, vió levantarse por primera vez, nuevo Espartaco, el proletariado moderno, y disputarle el poder. La imaginación no puede concebir tan espantosa carnicería sino por el propósito, en la clase amenazada, de exterminar para siempre á sus adversarios, ó por lo menos, de «sangrarlos» de manera que no pudiesen recobrar nunca su antigua fuerza y vigor.

¡Propósito insensato! La Revolución del 18 de marzo ha dado, al contrario, á los trabajadores conciencia de su fuerza y ha trazado, entre ellos y la burguesía espoliadora y sanguinaria, una línea bien distinta. Por eso, el movimiento cuya historia acabamos de trazar á grandes rasgos, fué una verdadera revolución, porque dividió las aguas y la tierra; por eso, la burguesía piensa todavía en él con transportes de rabia; por eso, todos

los trabajadores del mundo son deudores de los combates de París.

Una observación para terminar.

Todos los individuos de la *Commune* procedente de las filas obreras se mostraron generosos, desinteresados y clementes. Ya hemos referido que á Varlin se le encontraron á su muerte doscientos y pico de francos que, con mucha dificultad, le habían obligado á aceptar en el último pago hecho á los individuos de la *Commune*.

Jourde dió igualmente pruebas de desinterés. Mientras era ministro de Hacienda—cuenta el mismo Máximo Ducamp—y manejaba millones, su mujer seguía yendo á lavar la ropa al lavadero público, su hijo iba á la escuela gratuita y él comía en una modestísima fonda de la calle del Luxemburgo.

Theiz dirigió la Administración de Correos con una probidad reconocida por los Gobiernos que sucedieron á la *Commune*.

Camélinat ejerció las funciones de la Casa de la Moneda con una habilidad y una honradez que hoy todo el mundo confiesa.

Treillard, director de la Beneficencia pública, al abandonar el Hotel de Ville se llevó consigo los fondos de reserva de aquella administración, que ascendían á 37.440 francos, y los depositó en manos de su mujer, encargándole que, si no volvía, los entregara al representante del Gobierno de Versalles. Treillard fué hecho prisionero y fusilado, y dos días después su viuda, vestida por primera vez de luto, entregaba el dinero al oficial que había mandado fusilar á su marido.

Comparese esta conducta con la de los republicanos burgueses, los Thompson, los Etienne, los Rouvier, los Raynal, que antes no tenían ni zapatos y ahora poseen hoteles, «villas» y carruajes; á los Ferry, que vendían sus libros hace veinticinco años y compran hoy casas de 450.000 francos, y habrá que confesar que la moralidad política ha bajado notablemente desde la época de la *Commune*.

Es, además, un hecho incuestionable que el proletariado, en los dos meses que ocupó el poder por primera vez, fué infinitamente menos sanguinario que la burguesía. Se ha observado con razón que, á medida que el pueblo ha tomado una parte más activa en las revoluciones, éstas han sido menos feroces y sangrientas: 1830 y 1848 son dos idilios con la primera Revolución que dirigió la burguesía. Mientras la *Commune* fué dueña de los acontecimientos no permitió que se cometiera ninguna ejecución.

¿Quiere decir esto que la próxima revolución haya de revestir los mismos caracteres? Para ello habría que suprimir ó olvidar las ciento y tantas mil víctimas inmoladas por la cobarde ferocidad burguesa.

No reprocharemos á nuestros heroicos hermanos de la *Commune* de París el haberse mostrado humanos y compasivos; pero nos guardaremos muy bien de aconsejar á aquellos á quienes está reservada la gloria de dirigir la revolución futura, que imiten su ejemplo. No, sus sucesores deben ser sus vengadores.

Y aunque no lo quisiéramos, nuestros consejos serían inútiles. «Hay mayor diferencia—hace observar un escritor burgués y monárquico en una publicación reciente—entre el pueblo de antes de 1871 y el pueblo de nuestros días que no existía antes entre hombres que habían vivido con dos siglos de intervalo. Hasta los semblantes se han modificado. Un obrero de hoy puede dominar apenas delante de un burgués la aversión que éste le inspira, y las mujeres y hasta las niñas, que en otro tiempo eran ajenas á estas cuestiones, y que más bien se esforzaban en humanizar y calmar sus padres ó esposos, son ahora más apasionadas que los hombres.»

Y concluye el escritor á que me refiero, dirigiéndose á sus hermanos los burgueses, con estas palabras proféticas:

«¡Saludad á los jefes obreros de la *Commune*; no volveréis á verlos!»

Por falta de espacio nos vemos obligados á aplazar hasta el próximo número la inserción de varios escritos de nuestros correligionarios de Málaga, Barcelona y Bilbao.

MOVIMIENTO POLÍTICO

ESPAÑA

Torellá.—Los compañeros elegidos para constituir el Comité de la Agrupación socialista son los siguientes: Quirico Roca, presidente; Pablo Rovira, vicepresidente; Pedro Guiteras, secretario 1.º; José Puig, id. 2.º; Jaime Vigué, tesorero, y Francisco Santaló y Juan Canudas, vocales.

San Andrés de Palomar.—La correspondencia para esta Agrupación se dirigirá á Pedro Viñas, calle de San Antonio, núm. 46, tienda.

FRANCIA

En las elecciones municipales de Narbona han triunfado los candidatos socialistas.

ITALIA

La prensa burguesa da cuenta de que el movimiento socialista en las comarcas rurales toma considerables proporciones á causa de la extrema miseria en que se encuentran los campesinos.

También manifiesta que han ocurrido graves desórdenes en Vareco, Casaderezzo y Ailuno, donde los trabajadores han atacado algunas propiedades.

Por lo visto, las persecuciones y arbitrariedades de Crispi no dan resultado ninguno contra las manifesta-

ciones obreras, que el hambre y una miseria agudísima producen.

HOLANDA

Según un despacho de la Agencia Fabra, un suceso singular ha ocurrido en La Haya. Al amanecer del día 13 se observó que la bandera de la casa real de Orange, que ondeaba en la gran torre de la ciudad, había sido reemplazada con otra roja y con una inscripción socialista.

Parece que durante la noche algunos hombres penetraron en la torre y llevaron á cabo dicha sustitución sin ser de nadie vistos.

PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

AGRUPACIÓN BARCELONESA

La asamblea correspondiente al mes actual tendrá lugar el próximo sábado 25, á las nueve de la noche.

Barcelona 20 de mayo de 1889.—Por la M. de D., JOSÉ CUADRADAS, secretario.

MOVIMIENTO ECONÓMICO

ESPAÑA

Barcelona.—Toda la correspondencia para el Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores deberá dirigirse al compañero Ramón Ciuró, San Vicente, 24, 1.º, 1.ª

Nauclares de la Oca.—El burgués de quien nos ocupamos hace poco por explotar inconsideradamente á los obreros que emplea en la construcción del balneario del Sr. Izquierdo, ha tenido que contener sus arrebatos, hacer acopio de paciencia y llamar á los canteros que había despedido por no querer trabajar cuanto á él se le antojaba, prometiéndoles que en lo sucesivo no les escamoteará ninguna hora.

Nos alegramos del magnífico resultado obtenido por dichos compañeros, y puesto que le han alcanzado por la unión, les recomendamos que perseveren en ella y que la afirmen constituyéndose en Sociedad de resistencia.

Reus.—Se han declarado en huelga los ladrilleros de esta localidad, paralizándose muchas obras de albañilería por falta de material. Créese que la huelga se extenderá á los carpinteros, cerrajeros y oficios relacionados con la construcción de edificios.

ISLA DE CUBA

Por los abusos de todas clases que se cometían con ellas, se han declarado en huelga en la Habana las despalilladoras de un taller establecido en la calle de las Animas.

Con objeto de amedrentar á las huelguistas, el encargado del taller hizo que la policía detuviera á cuatro de ellas, que fueron puestas en libertad después de prestar declaración en la celaduría.

Desearíamos que las despalilladoras citadas consigan lo que se han propuesto al abandonar el trabajo.

ITALIA

La Sociedad obrera Unión de los Trabajadores, de Savona, ha adquirido importante desarrollo.

Constituida no ha mucho por 20 individuos, cuenta en la actualidad con más de 700 asociados.

—Los conductores de coches de la Sociedad romana de ómnibus se han declarado en huelga.

INGLATERRA

En Northumberland se ha celebrado una gran reunión de mineros, quienes han acordado por unanimidad pedir un aumento de 10 por 100 en sus salarios y dirigir un telegrama de adhesión y simpatía á los mineros de Alemania.

CONFERENCIAS SOCIALISTAS

El sábado 25 no habrá conferencia para dar lugar á la celebración de la asamblea.

El sábado 1.º del próximo junio disertará el compañero Basilio Martín Rodríguez.

Barcelona, 20 de mayo de 1889.—P. la C., José COMAPOSADA.

VÍCTIMAS DE LA EXPLOTACION Y DE LA MISERIA

Un operario de *La Correspondencia de España* tuvo la desgracia de ser arrollado por una máquina de vapor, causándose varias lesiones graves.

—En la línea de Madrid á Zaragoza, el tren de mercancías núm. 202 ha arrollado en el kilómetro 103 á un hombre, dejándole completamente mutilado.

—El tren de Bilbao á Portugalete arrolló y arrojó al río al pasar por el puente de Galindo á un muchacho, cuyo cadáver no ha aparecido.

En una fábrica de sombreros á máquina de Monza (Italia) ha ocurrido un accidente desgraciado, produciendo la muerte á 2 obreros, buriendo gravemente á 3 y ocasionando heridas leves y contusiones á 35 más.

Imp. de F. Oca y D. de Val, Platería de Martínez, 1.